

ECHAR LA NOCHE A ROMANCES

No es cofradía numerosa, la de los ricos con imaginación para gastarse los millones. El papiniano y tenebroso Gog más bien parece héroe solitario. Sin embargo, hace tiempo supe yo de un émulo suyo, y no ente de ficción, sino carne y hueso mortales, que por leer el romancero había dado en la flor de poner sus últimos cuartos en un castillo arruinado, arreglándolo con simulada grandeza. Allí organizó su vida haciéndose servir a las antiguas usanzas, casi aislado del mundo, sin ni siquiera entenderse con el recibo de la luz, por anatema de la electricidad. Los tiempos se le revolviéron cuando los dos criados, que tanto tocaban el añafil como bruñían cacerolas, exigieron ser inscritos en los pergaminos y registros de la seguridad social. Luego se precipitaron sobre el castellano las desgracias. Con las mozas que le atendían quiso cumplir, "ad pédem litterae", aquellas viejas tradiciones feudales, cosa que al saberse en la cabecera del partido no le gustó lo más mínimo al señor juez de primera instancia. El hombre no acabó en calabozo lóbrego ni en torre solitaria, sino piadosamente tratado en hospitalario lugar, al que no faltaban, esto sí, tan discretos como suficientes barrotes. Ignoro qué habrá sido de la fortaleza, pero nada me chocaría encontrarla pronto en la nómina de los paradores de turismo, y más ahora que estos andan tanteando la novedad de las cenas medievales.

Acabo de estar a manteles en una de estas largas y bien abastadas mesas. Hubo que pasar, lo primero, por taquilla: "a retratarse", como dicen los castizos. Más vale hacerlo así, según cuentan del amor venal, para que pronto se olvide el vil dinero y prevalezca la ilusión de que uno ha sido convidado por sus propias gracias. Bajo la imponente bóveda de la sala hay damas vestidas de tiros largos, recientes de peluquería, y varones discretos que las acompañan, La espera se rompe con la voz enfática del personaje que nos llama al banquete, "de parte del alcalde gobernador del castillo". Pasemos. La puerta es justa, buena para el torneo de las maneras finas.

Ya dentro empieza el rito, minucioso. Los comensales se dan cuenta de que no les valdrá quedarse en espectadores, porque, en alguna medida, les toca participar. Adviértense sonrisas forzadas, alguna broma cuando tocan al lavamanos, al pan y la sal, los dátiles y la leche; al momento de corresponder a las inacabables reverencias y acogimientos de los anfitriones. Es lo que pasa en frío, de no haber entrado en amistad con el vino aloque que todavía duerme en los cálices de Arabia. Luego todo se va animando, no sabemos si con el ajo blanco de almendras y las habas fritas, si por las

músicas bien acordadas y el brioso aire de los boleros. Entran y salen portadores de lámparas, guardias del séquito de un tal Djilali, sirvientas árabes, pinches de cocina, guardias de la fortaleza, más los altos señores que se nombran doña Mencía Salazar y don Lope y don Fernando, con aquellas tres morillas que encandilaban a Federico el poeta: Aixa, Fátima y Mariem. A momentos, hay que decirlo, nos acomete el desencanto de la guardarropía cercana. Entonces hay que hacer lo que en el cine, sólo que al revés. En las películas de miedo, cuando se llega al límite de lo soportable, cabe tranquilizarse con el pensamiento de que todo aquello es mera ficción, y hasta se puede imaginar las cámaras recogiendo la escena tremebunda con frialdad profesional. Aquí lo que conviene es esforzarse en el sentido contrario, ver si uno consigue entrar en la situación. Yo bien sé que ni han corrido tierras fronterizas, ni al moro arrebataron una siquiera de sus mujeres estos caballeros de mi lado, que son un digno boticario y un pundonoroso registrador de la propiedad, pero aun así me dejó llevar por la magia de las palabras hiladas en romance, historias de enamorarle a uno o de partirle el corazón. Acaso aquello de:

Rosa fresca, rosa fresca,
tan garrida y con amor,
cuando vos tuve en mis brazos,
no vos supe servir, no;
y agora que os serviría
no vos puedo haber, no.

Miro en torno, como por oficio. Las palabras de un autor ignorado, quizá corregidas y aumentadas por el pueblo una vez y otra, están siendo más eficaces que ropajes y luces. Pienso si muchos no se habrán alejado de los versos cuando los poetas dejaron de "contar" cosas. La pena y la gloria de la casada infiel era un suceso, y por esto -y un poco por el tema, también es verdad- lo supieron decir de carretilla muchas bocas. Ahora los "invitados" a esta mesa solemne -salta a la vista- están reviviendo hermosos cuentos en el fluir de los octosílabos asonantes del romancero, tan propios a la naturaleza de nuestra lengua. Son aconteceres de cautivas y guerreros; de amores fieles, o desgraciados, o adúlteros; de raptos y venganzas... Y esa pena superior a todas las penas, mayor que la muerte y la derrota, más que el destierro de un conde y que la cautividad de una doncella: los jóvenes, casi tiernos, recién casados, que, ¡ay dolor!, se tienen que separar. Lástima que en el decir moderno sean "romance" los episodios más frívolos del corazón.

Todo se ha consumido: la narración de querellas antiguas -Iguales, en sustancia, a las del hombre que va a la Luna-... y el dulce colofón de los alfajores blancos y negros, del tocino del cielo de Úbeda, del pastel de dátil y de esas yemas dichas de Santa Úrsula, que acaso hayan de cambiar su nombre, según van los avatares del santoral. Nos agradecen los señores de la casa. Justo será darles correspondencia. Ahora, con la alegría de la cena y el espíritu solazado, acertamos mejor con el paripé.

La noche, qué pena, no llega a noche de San Juan, tan de leyenda. Pero el aire limpio deja mirar lo abrupto por donde tiraron a los Carvajales, un día caluroso de agosto, y ahora no sabemos bien si por justicia, o por broma, o sólo para que nos lo contaran a los turistas, en Jaén, el 14 de junio de 1969.

Antonio PEREIRA